LA HUELLA

CUENTO

ESTE es el cuento del niño judío Naím, ocurrido cuando el pueblo de Israel vivía el cuento verdadero que habían anunciado los profetas. Tenía Naím once años, el pelo alicaído, negro, rociado con óleo de muchas conmemoraciones. Iba, por su estatura, buscando a los pájaros. Tenía sueño en la piel, los ojos obedientes y el corazón, dorado y silencioso, metido en la aventura de los juegos. Comenzó los estudios sagrados a los cinco años; a los diez, el estudio de la tradición. Le había guiado algún tiempo el escriba Lubban, que cortejaba a Elena, hermana de Naín, y que sólo era ya nueces y perfume, enterrado bajo un nogal lleno de historia, fuera del pueblo, en el camino del Genesaret. Brotaban las hojas en las ramas tiernas de las higueras: por esto se conocía lo pronto que llegaría el verano. Ya, sin nubes de Poniente, daba gusto trepar por la escalera hasta la azoteílla de la casa, tomar en la terraza el fresco y el sol, y hablar desde ella, a voces, con los otros vecinos. Naím jugaba; veía al hombre de los pájaros colocar sus trampas: era el que luego vendía por un as, por siete céntimos, dos pájaros. Al atardecer, escuchaba los ruidos, notaba su misterio. Ruidos como piedras en el aire que languidecen y se pierden. Miraba las estrellas: el gran rebaño del atardecer, que iba llegando como si, desde lejos, le diese voces un pastor.

En aquellas tardes, que ya empezaban a ser profundas, era cuando más se hablaba del Galileo. Decían que, en Nazaret, tenía familia, tenía primas hermanas. Sabían sus palabras: "Lo que os digo de noche, decidlo a la luz del día; y lo que os digo al oído, predicadlo desde las terrazas."

—¡Ana! ¡Magdalena! ¡Isabel!—se llamaban desde las balaustradas de las azoteíllas.

—¿Os acordáis de Jebel, el leproso?

—¿El que nos gritaba al pasar?

—Tú lo has dicho; tiene su cuerpo ya como mi propio hijo, mi Naím, sano y puro.

—¡Isabel! ¡Ana! ¡Magdalena! Hoy ha venido Tammuz y cuenta que a uno que tenía la mano seca también le ha curado. ¡Como a los demás!

Naím a la hora del sueño, con los ojos muy abiertos, oía contar cosas extraordinarias de aquel Hombre. Se despertaba en él una curiosidad desveladora, larga, llena de fantasías y de luces. Se imaginaba lejos de

su casa, en busca del Señor que haría milagros para que él—un niño—los contara. Y cuando volviese, seguro que irían todos a verle, a consultarle; todos admirarían su viaje.

El Señor en aquel tiempo se dejó ver en el campo aquel, entre aquellas gentes. Naím, como una abeja laboriosa, libaba una y otra vez en el jardín del Verbo y depositaba miel en los oídos atentos de su madre, de su hermana. A fuerza de correr por las esquinas se quedó como un pájaro y le salieron de tanto desvelo y asombro acumulados, de tanto camino de alegría en el cuerpo, unas ojerillas profundas y honradas. Se le puso cara de candelabro pequeño. El Maestro, a veces, cargaba de tiempo alguna de sus palabras, la decía despacio, como si quisiera meter en ella la vida de alguno de los que estaban a su alrededor. Naím seguía con sus labios la palabra lenta—que era una palabra sencilla—, como si fuese nueva, maravillosa y no la hubiese oído jamás.

Una tarde anunció el Galileo su marcha a Jerusalén. Se despidió de todos estrechando el diálogo, yendo hacia cada uno con su mirada un poco triste, dejando la impresión de que algún día, un día no lejano, estarían todos juntos, otra vez, en alguna parte. A Naín se le ocurrió una buena idea, una idea de esas de los niños por la que sienten elevarse a las alturas. Su mirada se hizo obstinada y oblicua: miraba las sandalias del Señor, las plantas del Maestro. ¡Que nadie se le pusiera delante!

El Galileo dió sus primeros pasos hacia el camino y sus discípulos y las gentes que le rodeaban siguieron con El. Naím se quedó quieto, sobrecogido, mirando al suelo. Dos hombres que pasaron a su lado miraron al suelo como él, vieron la tierra pisada sin ningún valor y siguieron andando. No había nada: huellas de sandalia y pisadas borrándose unas a otras. Pero Naím miraba la Huella del Señor. La había deseado con el picor de su sangre, con fe, con desaliento, y ahora la tenía allí, extrañamente aislada, perfecta, de un suave color rosa, tibia, como ligeramente humedecida, como si ya nunca pudiera borrarse. Naím supo muy pronto lo que tenía que hacer. Los niños lo hacen mucho en sus juegos para impregnarse quizá de algo misterioso que admiran y no alcanzan. Estaba lleno de asombro, de alegría; tenía los ojos a punto de inocencia y puso el pie derecho sobre la Huella del Señor.

Una luz le vino de la tierra y fué, por unos instantes, un sol pequeño, un fanal, un niño luminoso con su carita judía como una lechuza encendida de mesilla de noche. Un niño como un escaparate de fe, de devoción; reluciente como un denario recién acuñado. Fué Naín, aquella tarde, la primera luz que se encendió en el pueblo.

Nadie lo vió. Y de todos los que no vieron, sólo creyó Elena, la hermana de Naím, que había sido cortejada por el escriba Lubban. Y cuando dice el Evangelista que "estaban también allí, a lo lejos, muchas mujeres, que habían seguido a Jesús desde Galilea, para cuidar de su asistencia". dice que Elena estaba allí, a la hora de la muerte del Salvador, a lo lejos.

Este es el cuento del niño judío Naím, que parece, a los que no se lo creen, un capítulo de Angelología contado por un esenio.

MEDARDO FRAILE